

MANDATO DEL POLEN

César Aragón Lara



MANDATO DEL POLEN

XXII Ayuntamiento de Tijuana

Juan Manuel Gastélum Buenrostro
Presidente Municipal

Mario Osuna Jiménez
Secretario de Desarrollo Social Municipal

INSTITUTO MUNICIPAL DE ARTE Y CULTURA

Haydé Zavala Leyva
Directora

Gerardo Hernández Molina
Subdirector de Promoción y Desarrollo Cultural

Rubí Carrillo Cisneros
Subdirectora Administrativa

Laura Leticia Durán Zapata
Coordinadora de Comunicación, Diseño y Relaciones Públicas

Lilia Karina Márquez Paredes
Encargada de Proyectos Documentales

Mandato del polen

© César Aragón Lara

Primera edición, 2017

© Instituto Municipal de Arte y Cultura

Calle Segunda y Constitución, Zona Centro

C. P. 22000, Tijuana, Baja California

Edición, diseño gráfico y editorial: DDO Producciones

Diseño de portada: DDO Producciones/Ruth Ramírez

Ilustración de portada: Mónica Gisel Crespo

Queda estrictamente prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier sistema o método electrónico, incluso el fotocopiado, sin la autorización escrita de su autor.

Hecho en México

MANDATO DEL POLEN

César Aragón Lara

INSTITUTO MUNICIPAL DE ARTE Y CULTURA

PREMIO NACIONAL DE POESÍA TIJUANA 2016

Hay una lumbre en mis manos que no quema,
fuma su cigarro virgen,
exhala y se ata en su mínimo imperio.
Con los aleteos de su sombra
deshace la luz, riega su sangre,
mueve los cerrojos del insomnio
—no sé si los abre o los cierra—.

Maldice mis amores,
mi abandono, mis muertos,
mi risa que de pronto llueve.

¿Cómo inauguro este árbol en llamas?

Voy a quemarme en esta esquina,
aquí arderán mi pelo, mis ojos y orejas.
Ya escogí mi pira, mi combustible, mi luz.

Que la muerte se vive a solas
aquí lo tengo.

Estos son girasoles tan sólo por declive:
la mano que autoriza la nostalgia,
la dentadura que miente una flor mineral,
la firma que resume la diástole del que arde
en la luz de su viola, enamorado, nube,
incontenible y torrencial,
esporádico de dólares y pan.

Qué usura y qué cocina tan pobre
manosearte el corazón, epitafiar tu piel
para un premio *zigzag cut corners*.

Que la rabia es un perro herido que muere en cerro ajeno,
aquí lo tengo, aullido y solo.
Malasangre, Vallejo, Abigael, Firuláis,
tenía vidrio la leche, cicuta.

Lo sé.

¿Cómo no beberla?

Voy a ponerme las alas,
el arnés de sueños
—este lastre amado—
no las rotas: las de andar nubes,
que no fueron sino pies descalzos.

Voy a cantar como un gozne oscuro.
Anidaré ave de agua sobre tu pecho.
Tengo para ti pena y amor, peces y algas
como llovizna que besa y apura;
voy a fumar el fósforo de tu boca,
pondré mi hambre en el humo de tu pelo
para que me respire,
enciendas mis incendios, mi amor, mis puntos de silencio.

No estoy libre de polvo y paja.
Tengo mis uñas, mi herrumbre, mi ceniza con sus trazos,
un vuelo, una caída en ti,
la ola que no fue y aún brama desde el sur,
la locura del esperma reventando su perfume.

Cae pesada la luz con su cuerpo de gigante.
El aire ronda, vigila;
bajan los ruidos de motores y de almas,
reverberan en los muros del siglo.
Los que migraron por un pan festivo,
los que despielan su cuerpo
en los templos del cemento,
los que traen luciérnagas y purgatorios bajo la manga,
los que debieron ser rotos,
los que concursan,
las amas de caza, los que conocen la vejez,
el que pierde los ojos en su lienzo,
los que tumoran su garganta en altos registros,
los que no deben (porque no),
los de manos hechas para el barro,
los que incendian a pecho fábricas y astilleros,
los borrados de la lista, los recurrentes:
para todos hay una mosca de Bukowsky.
Habrá que abrazar a los caminantes,
domesticar las balas para que mueran;
hay que traducir las olas,
ahogar de luz los muros,
desanudar el aire
y así, desnudos,
montarle a la muerte nuestro caballo de sangre.

Mis ojos, dónde están mis ojos,
dónde mi tacto reposando en la mirada,
mi beso amargo, mi corazón puro;
dónde los huesos que inventé para la muerte,
aquéllos de no morir jamás, aquéllos.
Dónde la mirada, la sangre crepuscular,
el brillo de duendes que cantan en la oreja,
dónde, dónde, dónde.

Dicen que es absurdo enamorarse,
dejarse sorber el seso;
yo digo que la muerte viaja
en los hombros de un poema,
en cada desvelo de cerveza y sábana;
lo escribo con una tinta que no es mía,
con la ceniza de una cigarra ya cantada.
Por si muero, por si me pierdo,
dejo mi cerro de palabras,
dejo migajas de luz, de aliento,
un árbol ardiendo.

Ahora es duermevela tu mirada.
Soy lienzo, argamasa y aceite,
soy la brújula y el astrolabio
de este siglo idéntico al desconsuelo,
tu instante irreparable,
el pan que sueñas dorado y cantante;
sin el curso de mi voz,
sin la harina de tu aliento,
sabe a nada el hojaldre de tiempo.

Qué será de la luz, del barro,
del ingenio de los árboles,
de sus inventos de sombra;
qué seré de ti cuando no seas,
qué serás de mí cuando no seas.

Otros vendrán con más ojos,
con mejores uñas y sin desaliño,
a repatriar su sangre perseguida
por los oficiales del tedio,
a encallar sus naves en mis límites,
a humedecerse en el gusto o el espanto;
vendrán de partes huecas
y me verán con ojos de abandono.

Pero en tu viaje narcótico,
en tu caminata sexual,
en el resplandor de tus audiencias,
soy barco de guerra, lanza de sangre;

soy la corona del que se pierde;
soy el canto que calla la acuarela
y en el silencio de la madera,
existo en savia y en orgasmo.

¿Qué será pues de la luz, del barro,
del ingenio de los árboles,
de sus inventos de sombra;
qué seré de ti cuando no seas,
qué serás de mí cuando no seas?

Un poco de sombra, un gasto de árbol
 para esta mirada de agua:
 que la cegadora pertinencia vuele
 a otra retina, que saque lágrimas
 a los hombres de vidrio,
 a los que enferman del gusto,
 a las mujeres de cuota y sus lamedores.
 Una nube, pido.

Hay razón para pedir que se nuble:
 para dismantelar los nervios,
 un corazón equivocado, una desventaja crónica,
 este desempleo tumoral que fija los números.
 Hoy desconfío de la pureza,
 de esa otra razón del pecho reventando
 que me lleva con alegría de niño.
 Mi hermano me da en heredad su anhelo:
 un cálculo de pecho blanco
 y nueces cenizas
 para que no mate, me haga viejo.

Tenerla derrumbada, mansa
 como un tronco fermentándose junto a mi peso,
 dócil como una laguna bajo nubes altas,
 provocarle incendios con mis dientes
 hasta cristalizar copos en su espalda.
 Porque en su cuerpo en estallido
 vivo molusco, soy el asma,
 el silbido bronquial de dulces agonías.
 Soy su hijo predilecto, su angor nocturno,

el que bebe de su pecho mientras solloza estrellas
anclada en mi brasa, sésil ya, serena.
Caerá la inteligencia, ebria de fuegos.
Un aire de amor cometerá su crimen pulmonar;
ese nublar la casa, las colchas
con su inundación de hombros y espaldas
y olores de sobaco y vagina y asesinatos azules,
ese afán de nubes y ecuaciones sin amor.
¿Reconocerá bajo mis párpados de viejo
mi tacto, la mirada en greña?

Yo sé, mujer,
que sólo soy la fiebre del polen,
el contrario de tu pan de sereno.
Hago mi casa en tus costumbres, ando
desnudo, nado, busco el ahogo
en la nave de tu espalda,
en la espiga volátil de tu retina;
yo sé que nos une la incertidumbre.

Tengo, no un corazón: un espanto que late,
los párpados ardiendo en la luz: soy ángel oscuro.
Quien quiera para mi orfandad
tendrá que regalarme un hijo,
quien busque mi destierro, su casa;
voy a cerrar los ojos para que nadie me encuentre,
ni el golpeador, ni la hermosa mantis, ni mi hermano
ni el que cobra con pena el costo de mi vida.
Tan sólo el cielo nublado,
la legítima carencia
en el molde de mis hombros.

Amada, amada. Debo contar que no estás
y me han amado. Que han llorado —porque me fui—

tu ausencia. Que seduje
con tu piel y tus huesos y tu aroma
de animal de perfecto vidrio.

Amada, amada.

Sé dónde estás, pero no tengo casa,
no tengo con quién hacerte historia ni mentira.

Pronto se harán flacas mis tentaciones,
los líquidos deseos, escasas las mareas de luz
y te habrás multiplicado alegre, espuma, rizo de ola.

Amada, amada.

Yo escojo varar en la arena,
a mil días de tu respiración,
hogar de algas y balanos,
res nullius, callado pecio.

En el curso de mercarlo a la tarde
susurros por lamidos de perro jodido,
resulta frondoso combinarte palabras
con silencio y hogueras
con algún *opus* de Chopin,
sobre todo si el invierno desaparece
—bajo palapa, traslapados—
nuestro congreso de baratos pareceres.

A este tiempo gordo,
a esta reuma en el alma,
no le faltas: te destila
en cada movimiento,
en cada incendio de pájaros de bulevar,
en cada frente de caminata y escaleras.

Sólo falta que amanezca hundido en tu pelo;
su comunidad brincando en mi petate.

Entre tanto, la vida compone su canasta.
Suma las espirales de la voz de la viola,
del rostro de un árbol de gigante risa
teje con memoria las correrías y los años;
un buen día, nos lame la espalda.

Por eso vuelo a los andamios
y a la estructura de la noche,
bebo de la vid en su pecho,
oficio mis dientes en su costillar
y espero el próximo estallido del silencio
entre un recuerdo y su repetición:
porque la vida está a veces pagada;
hasta que llegue con su chapucería
la patria con su trompo de trampa,
con su mujer verguda,
con sus vigías de humo.

Por eso vuelvo de espalda
a morderle las caderas a la mañana,
monto a pelo en su caballo limpio
y no me rompo:
por si los coyotes,
ya también tengo cita con ella.

En esta vagancia los polvos
múltiples de la tarde
desaniman la lluvia,
los fueros del nubarrón que imita tu greña.
Por eso digo que andamos hirsutos
de risa en las hogueras del mole negro
y en el oriental arroz de San Luis.
Andamos del verbo,
en taparrabos y contundentes de cerveza,
con los préstamos ardidos,
lentamente debiendo.
Andemos por las rutas de la tarde negra,
con los pelos de fuera y sin nostalgia,
andemos por los rincones
fabricando poesía
—esa hija bastarda de la república—.
Andemos guardando la tibia reuma,
la mirada, la majadería perfumando los labios;
a los dioses que los indigeste la muerte,
su verdadera y gubernativa madre.

Yo espero bajo el pronombre los anuncios
del gobierno atardeciendo.
Espero el crujido lento de maderas que amaron de más
y nunca nadie les dio incendio;
espero sentado los dolores del entierro, las azucenas del parto,
la luz en la noche grande de las armas,
y tengo miedo y vergüenza.

Yo inundo las esquinas con los nervios enliviados,
seguro de recibir la peste y el talón de la república
crujiendo mi cráneo en cualquier momento
de semáforo y rabia, de banca nacional o coito cantante:
recibiré los ladrillos de la bandera
en la canasta de los hombros,
las espinas con que la patria cuece los domingos.
Luego, con los ojos limpios y el pecho apedreado de tanto amor,
voy a llorar terroso en un largo susurro de mediodía
las aguas tristes de la América en rabia.

Mira cómo duele
la caída de la luz en la hora,
oye sus gemidos instalando
la demencia de los pájaros
y la nostalgia en los respaldos de las bancas;
mira cómo resumen su jubilación los horrores del día,
las manzanas que no se vendieron.

Mira la combustión de veinteañeros
rompiendo las horas y la luz
con sus genes de pulpos del calor,
con sus ojos y sus olfatos de fósforo irascible.

Mira la gentileza de los sombreros
checando salida,
cómo se nocturna la gente;
mira cómo el día se disfraza de lechuza
y estalla en la lujuria parda de la pajarería.

Yo prefiero las olas nocturnas,
me quedo en la noche de los vuelos.
Y desde alguna barda o nube,
desde algún follaje en la noche,
voy a fumar mucho y tanto
la extensa floración de tu perfume;
y seguiré volando a pie
hasta que el amanecer y tu ausencia
me desangren de sombra
por no poner nunca las alas en la tierra.

Esta es la luz de los días comunes.
El intercambio de sonidos y luminosidad.
Carlos Prieto en televisión nacional, vuela.
Escribo poesía en el centro del espacio imposible.
Hay olor de papel periódico y los comerciales
dieron muerte al violonchelo.
Llueven horas y horas de horas. Hay peces
dando las ocho con nueve: una quebrada de tiempo.
Mi respiración es de sí,
huye en el cuajo que es el aire y deja gotas
en el cielo que sube.
Debo asistir a la farándula de las prendas,
al desfile amarillo frente al espejo y voy,
porque me llaman:
el mundo, afuera, se descose
como se deshila una violeta estampada en la trompa de la ola.

Lo que yo quiero no tiene sombra, ni nombre.

Voy sin remedio en mi vieja nave de espejos quebrados
multiplicando los peces, figurándome feliz
en el pan nuestro de cada día.

Lo que yo quiero. Eso que no sé decir todavía.

A veces quisiera, como Borges, encontrarme
desde mí, fumando en una banca de recuerdos
—ahora que ya no fumo—
y preguntarme cómo estoy.

Para mandarme a la chingada.

Como en el minuto decisivo de una vida,
se vuelca el vino en la mesa sin verano.
Y son los concursos y el cansancio los que bailan:
los ojos viejos siempre mirando lo proteico,
las manos en posición de vuelo y las alas de tórame;
soy el algodón apichonado que se penumbra
en el rincón,
en la sombra fresca
y despacita de la edad.
Mi corazón se va,
vive en la gorra parda del que reparte el gas,
se abulta en la visera del que pide:
me atengo a mis ojos y mis pies,
como el paralítico que se almendra de sueños
y lo vence cualquier flor.
Yo perdí en un ¡ay! lo que se sangra
en el antiquísimo vamos.
Luego me vine a mojar en esta arena,
en estas piedritas precaristas de zapato.

Gershwin y yo no nos parecemos.
A mí siempre me fumó la boca poder silbar.
Las hojas blancas de papel me infaman,
son la venganza del árbol: la guarida
del pentagrama que me escalera los días
sin nombre.
Pero George se dilata cuando se contrae.
Yo nunca pude.
En esto sí nos parecemos.

Parto lo laboral con susurros alisios,
como si mis medusas no quemaran:
tú esto y aquél aquello: como la lluvia
en los sombreros de tres copas.
Al norte a veces le llaman viento.
A la ceniza la nombran árbol.

Yo enciendo mi rosa con fósforos apagados
y prende, lo incendia todo:
sé que en su presencia moriré de frío.

Mi mujer, atenta en la conflagración del pan,
me da en privilegio el cielo ensangrentado,
la orfandad de los pájaros en enero,
el silencio abrumador de las balaceras en televisión.

Los versos siempre se me olvidan
en las esquinas y en el medio de las calles.
Me respondo a veces sin preguntarme nada y
frecuentemente me siento alegre
porque no creo en la felicidad.
Mis muertos, mis queridos muertos,
gustan demasiado de mi despensa y de mi ventana
que cada mañana revela lentamente un mar
embustero y suave.
Extraño demasiado las cosas que los necios no saben.
El eco del segundero en la danza de los amigos,
los remolinos de octubre, bajitos y cantantes
como los hielos en el vaso.
Ya me cansé de nacer y nacer y nacer.
Ya me cansé de acunarme, de escribir
versos que huelen a orines, de tanto mejoral.

Cuando me fui de aquí
llevaba puesta una camisa blanca,
el corazón loco.
Pero no me fui de aquí,
era otro el que se fue —otro yo—
llevaba puesta una camisa blanca,
el corazón loco.
Y me quedé en la melancolía
de estos barcos rotos,
anclados en la lentitud de sus embargos.
Hoy me declaro enfermo
—que no salvado,
no es lo mismo—
no voy a ir a trabajar.
Saldré a buscar al tipo ése
del corazón loco, y le diré
que si no estuvo bien llorar,
tampoco ha sido mal,
que todo naufragio es nueva nave
viajera del coral y las anémonas.
Y él no me escuchará
pues le habrán brotado flores imposibles
en el corazón loco, y mapas impacientes
en el alma.
Cuando me fui de aquí
llevaba puesta una camisa blanca
el corazón loco.
Y me quedé,
rondador de viejos muelles,

oculto en la respiración del carnaval,
sombra de los ojos niños,
usuario de besos callejeros.
Pero no me fui de aquí,
era otro el que se fue —otro yo—
llevaba puesta una camisa blanca,
el corazón loco.

Amo tus huesos para siempre.
Amo la curva impaciente de tu calavera,
tus pómulos adelantados y míos.
Amo tus huesos que hacen romance con tu sangre,
aunque en sus danzas no me llamen,
aunque te lleven ligera en el aire
de la tarde y no te vea llover.
Amo los huesecillos maleducados de tus pies,
su afán de tocar la tierra, el pasto.
Lo he dicho desde antes: amo tus huesos
aunque no estés.
Quiero morirme primero que tú,
porque no me gusta la seriedad de la muerte
para la hermosa carcajada de tu costillar,
el sube y baja de tu esternón,
la nave de tu vientre
en donde sembré hipocampos
y fui cascada de leche bronca y luego,
en el silencio del tiempo, nata.
Amo tus huesos para siempre.
Aunque no estés.

Voy niño
como por una calle abandonada
por los ayuntamientos,
calle de frondosa y callada memoria.
Vengo de casa de mi madre, que me ha desconocido.
Traigo mi hueso de marchito durazno,
la piedra de mi nombre montada en el pecho.
Voy niño y desde siempre, enamorado.
Yo subo la calle poblada de piedras
y mi corazón tiembla
como si en la calle estuvieran muertos
mis hermanos.

Son de silencio y lejanía las revoluciones del mar.
Como los ojos de un hijo oculto y manso,
como un tigre que sueña y cultiva el hambre.
Yo quisiera decir que huelo el mar
precipitándose en remolinos, abajo
ahora que estoy en lo alto de una hora fresca y triste,
pero no sería del todo cierto:
estoy en casa y mis hijos duermen,
afuera hay jóvenes que beben una música de mala leche,
y mi hora fresca es un silencio tras otro,
como una sucesión de olas
que se desprenden con cansancio
de su espuma, envenenándose de amor.

También quisiera escribir toda la noche.
Hacer un verso y llorar dos o tres,
porque los versos llorados corren más recio
y anegan el corazón más rápido que el whisky.
Los versos llorados no están en los libros,
sino en el crepitar del aceite
y en el aliento de tu mujer cuando la matas
y se la robas a Dios,
hecha primavera y humedad.

Tengo hambre, duermo oculto.
Mi tigre se hace hombre en la distancia:
gira y con su zarpa desangra el vientre del cielo
sobre el escrupuloso pecho de su madre.

Ya no me pregunto por qué me gusta tanto
imaginarte llorando.

Como si de verdad estuviera loco y no te amara.
Como si fuera el cuento en un libro enfermo
que no termina de escribirse.

Me gusta pensar que en la desazón de los días
me encuentras,

revelado por la ausencia repentina
de una sombra de árbol que me evita.

Ya no me pregunto por qué me gusta tanto
imaginarte llorando, ya no.

Ahora encuentro las calles sin tus ojos y sin tus pasos,
los parques con sus viejos que platican a ojos cerrados
acerca de hembras trémulas en la flama del pasado,
y estoy seguro que debería estar bajo tu techo
rondando tu sobaco, cerca del pecho moreno que comí
en tardes densas como un mar turbio y condescendiente.

Por eso me gusta imaginar que llueves
desnuda y mínima en mi costado,
a salvo al fin de tanta maravilla
dolorosa y perfumada.

Me gusta, sobre todo,
imaginar que te estoy queriendo,
porque quererte, de veras, no pude.

Yo no quiero saber del amor de los jóvenes.
No quiero estar desesperado y feliz
de tanto incendio entre las manos.
No quiero desvirgar a nadie,
ni encontrar gorriones recién inventados
bajo la luz tenue de las sábanas heridas.
No quiero navegar el día entero
montado en los terciopelos del sueño,
no quiero la marea diurna del olor a muchacha
ni los susurros de sus pies
como palomas nuevas en el pasto verde.

Yo sólo quiero la misma flor,
su espina de madera,
la quilla crepuscular de su nave,
el palangre de su boca en mi boca,
su nombre repetido en las horas,
la ligereza de su tallo enredándose
en los muros de la memoria.

Cuando nos brote del pecho el abandono
y el espejo muerda,
llegaré a tu casa de sombra de árbol;
dirás que no han terminado las horas,
que no bastan las cenizas
para nublar esta guerra que palpita
y serpentea en los segundos del tiempo.
Me dirás que la sangre de los años,
que la raíz enamorada del árbol, que la lluvia
y la palabra lo diluyen todo.
O preguntarás
quién fui, quién soy, si no había muerto.

Esta voz que me llama,
que flota su aliento de sirena,
sus honduras que sé dibujar hasta dormido,
de cuál muerte me ronda su nombre los labios
sin tacto, sin perfume, casi el recuerdo de un pétalo.
Porque de olivos el corazón canta,
de solo y de completo,
de pena y de crepúsculos,
alegre de cantar y de mojarse
sin reposar cama ni luto.
De cuál muchacha se quedó
el amanecer prendido,
amaneciendo el aroma
de un imaginado resplandor.
De cuál hora se prendieron los sueños,
los de fecundar el aire y los de nada más,
de cuál tiempo, cuál minuto que no amanece,
sino en los dominios del olvido,
ahí donde el corazón hace de las suyas,
para las nuestras.

Lo del perfume sutil y terco del hastío
lo supe ya de viejo.
Con manos de niño ejecutor
de mariposas y florestas,
llegué manso al monte del canto y la guitarra
ya viejo.
Porque antes el fragor cedió a los nombres,
—Rosa, Cecilia, Teresa—
a pechos de leche y miel en el arca de la mano.

El sabor, la fragancia de la huida
y el ingenio de la usura,
eso lo bebí del pecho bravo de una mujer lejana:
aliento migratorio,
barranca viva que tinturó mis ojos para que aprendiera
que la vida requisita una espalda larga (que no tengo)
una nuca de piedra y huesos de coloso (que no tengo)
para cargar el cielo, el agua entera.

A veces me embriago y me da por contarte.
Que cuanto tengo de silencio lo aprendí de los vociferadores,
de los cicatrizados por mano propia,
de los que nostalgian palo y persecución
porque el olvido les atajó del plato a la boca;
contarte bajo la noche bruja de Sonora
que también gajos y pelusas rondando la costilla
fue lo que retuve a fuerza de robármelo,
y que comparto desde lejos destiempo y vocablo;
contarte que sigo al humo y el alcohol,
contarte con los dedos cada encanto madrugador
para rondar otra vez las habaneras y los boleros
y el agua fría de enero en Guaymas.
Y yo, más pequeño sin tu presencia,
destemplo tardío una y otra vez,
las navideñas luces
con que sanciona el embargo diurno,
urgido de rescate en el camino de las horas.

Subir en el humo,
en la cabellera de una cama,
romper de una vez el malparido libro
y los recetarios.
Regañar los lienzos,
escribir en el remolino de los retretes.
Habría que sangrar.
Darse por enfermo.
Gritarle a la ansiedad que vuela, rompa, sea el llanto.
Hay que ser exacto: remar en lo diverso,
armarse piel adentro para nacer
la voluntad sin sombra.

Estoy aquí para que tú me mates,
para nutrirte de una muerte prieta de risa blanca,
que reconozcas lo distinto de mi espalda
en los registros que llevan tus manos,
y te destiles
miel de colibrí, licor de sal, leche de arena.

No tengo música en mi casa,
pero sé tender cobijas como paja de sol
para que vengas y digas rarezas en mi oreja
y me crezcan lunares de lumbre.

Tú vienes para que yo te mate y me muera.

Luego despertar como recientes:
los cabellos pegados, la mirada insistiendo
y en las manos el olor nocturno
de oficiar jardinerías;
despertar húmedos, tatuados
con la lumbre naranjada de tantos nombres,
de los mil ejercicios arbolares y desnudos;
despertemos creyendo de aquí a la puerta,
y que nos lave de toda pequeñez
la nueva noche del reconocimiento.

Vengo de los parajes de mi locura,
para despedirte
con esta tinta que te invita siempre,
esta palabra mía que sólo sabe tu talla.
Yo me voy de este paraje de locos,
de esta copia que es copia de ti.
Dejo mi nombre, mis otras noches,
tu cuerpo y el mío bajo la custodia de cualquier institución,
para que nos sorprenda el olvido,
la muerte traspapelada.

Regresemos a edificar el tacto,
al asombro por el átomo, al viaje
por la transparencia de una lechuga que late,
impaciente en su canasta;
vamos al amanecer que huele a sacrificio;
es el tiempo de los ojos,
de la flama que nos acusa inocuos
en su carro de gas,
profesional indiscutible
en su penitenciaría de enseres.

Los que puedan, domestiquen la infamia,
yo he fumado demasiado, pero entiendo
me toca destripar la violencia
con mi grano de avena.

Por las calles, en los ceniceros,
en los turnos de las trusas,
en la gerencia de los sombreros,
en la espaciosa voz del silencio
la vida nos ofrece sus pantuflas,
como un caballo de polen
primaverado en la suspensión de su ayuntamiento.

Ya no sé si alguna vez fuimos.
Si se nos dio atestiguar el amor
o si no hubo nada, sino ausencia.
¿Tuve alguna vez voz en tu voz?
¿Hice contigo portentos de alas
negras y pechos naranjados de otoño?

Sé de tu sombra agazapada tras la cortina,
en los ayes de la cebolla que muriendo ama;
tu sombra vestida de luz
en la danza indecisa de la higuera.
¿Hicimos juntos la muerte?

Cuando la muerte con sus aspas,
no se digan advertencias, no se repinten los muros;
que los vecinos mientan, que los niños concursen
su festividad de abuelos desahuciados.
No hay responsabilidades con la muerte.
Así también nace el hombre:
ya trae su hogaza, su partícula de queso,
su par de sandalias en las manos.
Puede durar
o simplemente vivir su herencia láctea,
profundo y humilde
como la inteligencia de una teta.
No hay responsabilidades con la muerte.

Pero esa otra, la de edificios y tanques,
la hija desvirgada de la imaginación,
la gigante de vivir, esa llorona
hecha leyenda, método, rosario y guerra,
que habita cuadernos, zapatos, escuelas
y se disfraza en las cantinas,
dónde, cómo domarla,
cómo verla tibia, lámpara,
cómo mojarse en ella, hundidos y centrales,
impacientes, como el corazón de la sandía.
Un rayo enfermo incendia más, yo lo sé.
Hábil, la muerte hizo su siembra en casa.

Cuando vengas
ponte la falda de flores.

Yo espero vivir junto al mar
o en una selva donde te confundan pistilos y corolas.
No te espero, vendrás,
porque sin mí, sin nosotros, te mueres.
Has un viaje especial, ven sola,
no me des escolta.
Trae mejor un dominó, mis trusas limpias
y tu sombrero.
Tarda, porque no tengo prisa.
Tádate a toda hora y en toda casa
(aunque no en todos los casos).
Este siglo te ha comisionado de más.
Si vienes, ven a pie,
estoy hasta el culo de semáforos.
No te espero, vendrás,
porque sin mí, sin nosotros, te mueres.
No pediré permiso para morir,
me investigarían,
algún funcionario dirá que es ilegal,
que me condenan a diez años más,
que me matarán ellos.
Cuando vengas,
no comisiones tus artes
—estamos hartos de balas y de procuradores—
trae mejor un balde, cerveza y
descalzos, vámonos sacando almejas.

Somos como tú, flaca,
también estamos solos.
Agandallamos con risa febril,
nos da por domesticar la rebeldía, los besos.
No puedo perdonar tu oficio.
Sé que te presumen el fósforo,

el nitrógeno, el ciclo de Krebs,
yo no.
No puedo perdonarte
ni tú tampoco me perdonarás
tanta insistencia, tanta comparación.
Nada tienen que ver los gatillos,
las traiciones,
con los fuegos de los amantes,
nada qué ver con el grial,
con los que presumen del Gólgota.
No puedo amarte si no es en el fermento,
en lo conveniente del olvido,
en tu mansedumbre democrática.
Por eso, flaca,
putita nuestra de cada día,
te lo digo desde mi casa de sangre:
tu trabajo y el mío han de ser
la futura melancolía de las enredaderas,
el regocijo del guano,
la escalera de las hormigas.
Olvídate ahora de este burdel,
déjanos reventar en esperma y óvulos,
espérate en un banco de mimbre o en un columpio,
de cualquier forma todos madrugamos
en una fila enorme
y a ti te sobran los gobiernos.

Vámonos a un rincón, reina de las horas,
que la vida facture su multa;
vamos a la fiesta del campo
donde fui niño y por un peso
limpiaba tumbas, al día de los vivos,
al carnaval de las veladoras

y las coronas de ruina,
vamos a comer perro,
a comprar colchas para guardarnos la osamenta.
Te voy a pintar los senos
con la herrumbre de mi tiempo,
voy a entrar en tus costillas
a remover el hueso que te late,
voy a dejar en tu pecho
la mazorca prohibida del paraíso.
Súbeme en tus puñales de nieve,
deshoja tus rutinas de calcio
en el nombre del Padre,
inventa los pecados del Hijo,
olvida por un día que en mi tierra
te nombran en sus santuarios de caña y agave;
no me des amparo, muerte,
no me tengas lástima de mujer;
no me importan tu caballo de lata,
tus arreglos con Jesús, el Cristo,
ni las intenciones de tus cuencas;
voy a darte peso con el banquete
de los amantes,
con las florerías del orgasmo,
con las disciplinas del útero,
con los concursos de alfarería
y las molduras de su industria;
voy a convocar un levantamiento en urnas,
en ceniza y en alumbramientos,
para que te sumes a la canción
de las espinas, sola, desamparada,
llorona en tu reloj de pena,
encandilada como una perra en primavera.

Quiero cerrar la casa del mármol.
Pondré mi estaca que espera,
voy a proponer una herencia
que no sea el tedio ni el olvido;
~~dejo el margen débil de la sombra,~~
lo indiferente del chisme,
la traición en que la burla coagula:
cierro la ventana del cielo,
renuncio a la tolerancia con lo estéril,
aunque me abandonen, aunque no gane,
aunque me muera.
Cierro en paz, cierro el cielo;
que la muerte resuma
su indigesta profesión,
su eterno parto de válvula.

En su fábrica de relámpagos,
la muerte progresa.
Diseña sus bromas medulares.
Habrá, acaso, un instante,
un rapto de tiempo, nadie muere:
en todo espacio revienta la vida, mágica,
como un grano de maíz emocionado.
Pero es el momento de Dios que supervisa,
son Dios y la muerte en su sala de juntas
festejando su muestrario de truenos y diluvios.
Un rayo enfermo incendia más, yo lo sé.
Uno de éstos le tocó a Rosalba.

PRIMERA ESTACIÓN

*

Tierra desnuda, selva, litoral,
quiero despeinarme en tu vientre,
fundar un hijo que se alimente de espuma.
Musgo suspendido entre torres,
quiero despertar en ti como uva reventando.
Quiero mojarme en tu fuente que mana,
beberme la sal
y estallar como la tarde
silenciosamente
como cuando hierve la leche.

*

Te llevo en la sombra.
La fatiga y la prisa me encuentran
sin dormir por el roce de tu ausencia,
la nada compañera.
De ciudad en ciudad, me sorprendes
sin aliento, sin casa: copa rota
de esperma transparente, espejo.
Te llevo sin manos, sin espalda
en busca de razones para callar
tanto festejo sin sentido.
Mi equipaje son el hambre y la estatura,
la adolescencia y el silencio que susurran
tu nombre, que saben a ti, como si fueras tú.
Y en cada camino, en cada ciudad,
de viento a boca y de cielo a cielo,
siembras buganvillas de lumbre sin saberlo.

Sé que al tenerte entre papel y lápiz
me desgracio, porque no me sirves.
Tu ropa abanderando tendederos
no te hace la gran desnuda,
y en la letra que te destino bruja,
muero mentiras y huecos.
Este aroma es tuyo,
pero no huele a ti.
Cambiar tu nombre
no me da tu anonimato.
Esta no es tu casa, lo sé bien.
Y sin embargo, aquí habitas.

Al menos hoy, no te amo.
Pero qué grave sentir tu sueño,
tus pulmones flacos y tibios.
Pienso, como cualquier hombre,
que beber y llorar es lo mismo,
y voy a ti con la misma borrachera,
con la camisa blanca y ganas de café
para llorar en tu oreja
como quien ríe sabroso.
Mientras nos vamos quedando solos,
que corran el día y el año,
quedémonos a decir mentiras de pan
y seguir en el juego.

*

Ciertas palabras se atan a la carne,
al aire diario.

Traen en su disfraz de viento
sonidos de ecos a perpetuidad,
se vacían los pueblos en el sueño
y en la respiración quedan
palabras que no serán canto,
risa de niño, ni señal,
ni collar de muchacha que llora.
Son dominio de los recuerdos,
esos perros de dulce mordedura;
luces de la memoria jugando
a la intermitencia de la sombra.

Amanece la mañana con las manos frías,
estación adentro, sin cobijo, sin soborno.
Roza las mejillas como a un niño
pero no hay más niño.
Se divierte y se instruye
cada segundo, con cada otro
hasta secar fatigados muchachos amarillos.

No se caen, no se los lleva el viento,
apretando los dientes lloran
sus virginidades regaladas,
reclaman deudas de amor a otro amor
que un día se bebió la savia de sus huesos
y se marchó diciendo.

Amanecemos con el frío entre las manos,
este adentro marcando la estación,
ser menos infante, más eco y menos muro.
Inventamos el día, su mordida blanca,
su final atento a la venganza.

Nos desdeña el viento, la gravedad.
Viajeros, no vamos: el mundo vuela
cegado por unos párpados distantes
y reímos como los muertos.

*

Si fuera otro mes, otro tiempo
entre los edificios de esta luz,
si no hubiera tanto miedo,
tanta llovizna arrepentida
arreciando mi palabra de preso,
mi huida de los días
en que tengo la risa negra,
jugaría con las horas a mezclarlas
con témpano y salitre.
Podría ser pájaro terrestre o piedra,
la equivocación deliberada del verano
que truena espejismo, labio migratorio.
Porque después la importancia
de permanecer en el humo
se irá diluyendo como los recuerdos en el aire.
Se hará agua ajena a la boca.
Pero trébol de su circunstancia,
parirá otro hijo, y otro, y otro,
hasta que se nos reviente el pecho
de tanto reinventarnos.

*

Juego a las posibilidades,
a estar en el naípe,
en la sombra del dado;
no sé ganar. Casi siempre extraño.
No aposté al metabolismo ni a la célula.
Sólo pasó.
Hubiera preferido un plumaje simple.
Pero si fuera árbol o gavilán,
savía o rey de bastos,
seguramente seguiría platicando
de por qué aúllan los perros,
de cómo es que uno es tan incapaz,
como dos, de poner en su sitio lo imposible.

*

No sé, casi siempre me lo dicen;
que tengo que caminar de otro modo,
con otra gente, con otros vicios
y otros aires. No sé, me lo dicen.

Hago como que puedo,
porque realmente no puedo.
Sí busco en ojos y mieles
ciertas cerraduras, algunas claves,
pero en combinaciones me pierdo
como los amantes en sus pasos.

No me conocen sino las piedras,
no me buscan sino los gigantes con sus gargantas,
para contemplar juntos la inocencia
de un pájaro que traza en el aire sus nombres circunstanciales.

Yo no sé, me lo dicen,
que mi nombre y mi paso tienen tanto polvo,
tanta simpleza.
Ahora a darnos los brazos, a besarnos si es posible,
porque de todas formas
aquí estoy con mi apodo, con mis zancas
y mis topes,
con una baraja usada en mi mano
y en la otra, la misma flor de mis días,
hermano mío, hermana,
volando todo lleno de plumas,
como una almohada.

*

Me aparto de mí, como los animales
del agua ofendida.
Sé que me sigo al alejarme,
que me quedo solo al compartirme.
Hace años que lo supe.
Tenía miedo.
Por las noches, solitario,
entre lo húmedo de las almohadas susurrantes,
en el agua de mis ojos recién abiertos.
Y salí de casa.
Salí a buscarme por lavaderos y cantinas,
me hice escuelante, domador, gambusino.
Encontré mi cuerpo cubierto de alfileres,
otras veces con escapularios
pero siempre a distancia: homicida,
burlador de mi respiración.
Buscando mi nombre encontré mi oficio
entre sombras, en sepulturas de sol
como la palabra presentimiento,
en ríos de hielo como la sangre
de las palabras.
Ahora sé que no volveré
al lugar donde perdí la voz,
a ninguna ola que me recuerde marcado
por su ferocidad de rama volátil.

También he dicho adiós,
traidor y hospitalario,
pero juego a estar vivo
y la vida hace como que quiere conmigo.

*

Ir hacia la noche,
mirar desde su cuello a la gente que camina
diminuta, apresurada,
escupiéndose los pies mutuamente,
mordiendo los labios del sueño
donde fumo y lo traiciono todo.
Eso quiero, ir hacia la noche
y hacerle un hoyo en la barriga
para que se escapen los cólicos,
que no le duela nada,
ni mi tos, ni mi oficio de cadaverista.
Yo doy unión a los muertos.
Les beso la boca, el sexo, las axilas.

No tengo sino puños y gestos
que me inflaman la boca, los pómulos.
Mi oficio en la media de la noche
no puede serte insoportable;
no sé sino anochecer a los viajeros,
amarlos hasta el polvo,
meterme en sus rincones para darte vuelo,
para que me levantes de este polvo confundido.

Pero ir hacia la noche con la lengua,
desde abajo del dolor y mirar
cómo me escupes y me invitas,
ir hasta lo más negro
y amasar desde lo alto
la harina venenosa,

cocinar en pan tus deudas y tus dudas
y volver a soñar que soy tan inocente
como quien promete desnudo;
decir que sólo estoy en el cuello
de tanta noche y veo tanto
y traiciono tanto
que puedo curar maldiciones,
unir abandonados y decir
—como si yo fuera mío—
ésta es mi tos, éste mi oficio.

Que vaya al agua, me dice oscura,
al lugar de mi alumbramiento;
que recorra y dé muerte de aire al pescador,
que ponga vidrio, lumbre
o buganvillas en su aparejo
para que no halle el mar,
que no alcance mis pecios.

Estoy llegando donde las ostras
—es la noche que me lleva su sal ardida—
mi aroma: un cementerio marino.
Aquí me parió entre su manto la Tridacna;
aquí puedo trabajar,
aquí esperaré al pescador cuando venga
porque también querrá mi fango,
querrá mis mareas muertas
y mis conchas perlíferas,
hacer collares con mis dientes
y regalarlos a la noche, que
al final, seducida, ebria de luces
me besará la boca, el sexo, las axilas.

*

Con las minucias de la tierra
construyo una estancia de miradas múltiples,
despejo sus aires, descalzo su atmósfera
de lirios y libros cantantes,
le doy un nombre parecido
a la contundencia de los días patrioteros y temidos,
le deposito las conciliaciones de la canción desarmada,
le llamo *rock and roll*, vicio *low fat*,
amor próspero que reduce los acentos
de la bestialidad del diploma
y la desventaja de la soledad ferida
del arrumaco avinagrado;
con ramas de monte, con chuales de ciudad,
finco los límites de la rebeldía mansa
del amor también manso avinagrante.
Sé que no me salvará la lluvia de enero
de la enfermedad apegada,
ni mucho menos el amor con que gallos y trenes se saludan
con pena otra mañana, escupiéndose mutuamente.
Porque estaremos viviendo el olvido *tupperware* de la sopa vieja,
estaremos fumando limpiamente, como si estuviéramos limpios,
contando nuestros pelos y las etiquetas de la compra de ayer,
—como si fuéramos nuestros—
para darle vuelta nuevamente al día y jugar a la sinrazón,
al esclavo que guarda un as bajo la lengua.
Y no quedarán a salvo ni los de oficios hechos para el escarnio,
ni los niños que nacieron hermosos y volátiles,
y tal vez, sólo sobrevivan los insectos, según la ciencia.

Con harinas diversas bajo las uñas y tinta de plagio,
fabrico pechos inventados de mujeres que se inventaron solas,
como un dios desesperado en las piruetas de su creación,
perplejo bajo el contoneo de sus carnes
enamoradas del aleteo y el adiós;
luego, como si fuera mío,
cierro puertas y lluvia,
cierro los jardines, finjo serenidad.

Mandato del polen, de César Aragón Lara, se terminó de imprimir en el mes de julio de 2017, en los talleres de Offset Rebosán, S.A. de C.V., Av. Acueducto 115, Col.

Huipilco Tlalpan, Ciudad de México, 14370. El tiraje consta de 500 ejemplares. El cuidado de la edición estuvo a cargo de la Coordinación de Comunicación, Diseño y Relaciones Públicas del IMAC, del autor y de DDO Producciones.
(ddopro@gmail.com)

MANDATO DEL POLEN

Escuchar, susurrantes, las palabras de flagelo y ternura; su arrebató inmenso de alegría y cansancio, de tristeza. Atisbar en aceras, rincones, cercos viejos, en las calles de lomas solitarias; asomarse a la risa y el baile de la fiesta; al vino que regala sus mentiras. Descubrir, de nuevo, que la angustia ronda por todos lados o en el sueño (y el amor, el amor, ay el amor), es un poco el trabajo de César Aragón Lara, el poeta, que en este libro, *Mandato del polen*, nos cuenta en sensible manera, algo de la odisea que, habitantes al fin, todos nosotros, sufrimos/disfrutamos en la ciudad tan nuestra.

Susurrantes, muy tercas las palabras, "Hola, César", le dicen, le repiten.

Francisco Morales



XXII
AYUNTAMIENTO
TIJUANA

IMAC